LA NIÑA

Sus ojos sin vida la miraban fijamente, unos ojos vidriosos que miraban pero en realidad no veían.

Ya estaba, la había matado.

Podía notar su sangre caliente cayéndole por el brazo, tiñéndole de rojo el jersey, pero no le importaba. ¿Cómo podría importarle nada si acababa de matar a su hija? Los rizos rubios de la pequeña se le pegaban a la cara por la sangre, que seguía saliéndole escandalosamente de la nuca; justo donde le había clavado el cuchillo.

Un simple cuchillo de cocina, que había utilizado hacía apenas unos días para cortar la tarta del sexto cumpleaños de la niña. ¡Quién le iba a decir cuánto daño podía hacer!

Notaba cómo el cuerpecito se le iba enfriando poco a poco entre sus brazos, cómo el rostro de la niña, todavía con una mueca de entre sorpresa y miedo, se iba volviendo más y más pálido por segundos. Sus extremidades ahora colgaban flácidas a los lados de la mujer.

El dolor de la pérdida era insoportable, lo notaba como algo real que la iba consumiendo poco a poco y sabía que no podría soportarlo durante mucho tiempo. De todas formas, aunque hubiese podido soportarlo, ¿qué importaba? La policía nunca la entendería, no comprendería que el peligro que las llevaba acechando semanas ahí fuera era suficiente como para que una mujer creyese que su mejor opción era acabar con la vida que ella misma había traído al mundo.

 Un trato equivocado en un mal momento con las personas incorrectas. Una deuda demasiado grande como para ser saldada. Un acuerdo del que no había querido ver las consecuencias. Y ahora la habían elegido a ella, a su hija, como pago. La habrían acabado encontrando, lo sabía, y no podía permitirlo, por eso la había matado.

Por eso, no importaba. Ya nada le importaba, así que arrancó el cuchillo que seguía en la nuca de la niña, destapando un nuevo torrente de sangre, y se lo clavó hasta el mango directamente en el corazón.

• • •

Cuando la policía llegó a la casa de Petra Delicado, ésta yacía muerta abrazada al cuerpo de su única hija en medio de la cocina, rodeadas por un charco de sangre creando una escena macabra.

La policía nunca sabría qué pudo hacer que una madre, una mujer respetable, llegase a matar a su propia hija. Nunca encontrarían a los responsables que la habían llevado a cometer tal atrocidad.